

La mirada sobre la tipología arqueológica de Pitt-Rivers puede ser entendida “as a distinctive form of mimetic practice, of temporal thinking and of archaeological interpretation and exegesis”⁴¹ (Hicks 2016:1). Es interesante agregar un comentario realizado por Mr. Hyde Clarke (1875:322) en la discusión de sala sobre el trabajo de Pitt-Rivers (que no fueron traducidos en esta oportunidad): “the researches of the author, and the application of a classification of development to the museum, were labours in a right direction, which would bear great fruits”⁴².

No parece que este texto se considere demasiado en la arqueología patagónica contemporánea, tampoco el libro de Hudson. He revisado algunos artículos publicados en los últimos años sobre la cuenca del Río Negro y he podido comprobar su ausencia. Una publicación preliminar de síntesis sobre la zona no los menciona (Prates 2004).

6

El texto es producto de un trabajo colaborativo, dirigido, sin duda, por Pitt-Rivers, que cuenta con la participación de otros tres personajes: Hudson, Musters y Pigafetta, cada uno con sus propias armas e instrumentos. Pensar en la Patagonia me obliga a pensar en ellos como jinetes, recorriendo un territorio vasto, inmenso.

Uno de los jinetes, Pitt-Rivers, es un personaje preparado en los temas de la ciencia de la época, y opera desde la metrópoli; tiene dos colaboradores, dos jinetes que recorren la zona, uno en el norte y otro en el sur, aportando sus observaciones y opiniones desde sus personales perspectivas. Estos tres jinetes, dos que recorren la Patagonia en modo real y uno en modo remoto o virtual, comparten una época, la segunda mitad del siglo XIX, momento clave en el surgimiento de la ciencia moderna, después de los trabajos de Darwin. Pero cabalgan con un jinete de otra época, lo que permite darle una profundidad histórica al relato.

Lo más interesante que tienen estos textos pioneros, en mi opinión, es que difícilmente podemos separar en ellos lo científico de lo literario. Y eso es una gran cosa.

Comentarios al trabajo “Introducción, notas y traducción de un temprano trabajo de Pitt-Rivers sobre artefactos de Patagonia”

Nora V. Franco⁴³

La traducción de este artículo ofrece la oportunidad de acceder al pensamiento y principales preguntas de Pitt-Rivers, uno de los pioneros de la arqueología. Pitt-Rivers vivió en Inglaterra

41 como una forma distintiva de práctica mimética, de pensamiento temporal y de interpretación y exégesis arqueológica (la traducción es nuestra).

42 las investigaciones del autor y la aplicación de una clasificación de desarrollos en los museos son esfuerzos en la dirección correcta, que dará grandes frutos (la traducción es nuestra).

43 IMHICIHU-CONICET y Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Ciencias Antropológicas, nvfranco2008@gmail.com

en una época en que coexistían dos clases de evolucionismo (Dunnell 1980). El primero de ellos estaba asociado con Herbert Spencer, filósofo social, quien creía que la humanidad había pasado por una serie de etapas y que el desarrollo cultural era un aprendizaje o maduración. El otro era el de Charles Darwin, quien enfatizó el mecanismo del cambio y la importancia de la variabilidad, más empíricamente orientado.

Pitt-Rivers creía que las culturas y artefactos habían evolucionado en estadios y, en este sentido, sus ideas se asemejan más a las de Spencer que a las de Darwin. Su creencia en estas etapas llevó a que organizara su numerosa colección –procedente de una recolección hecha por W. Hudson entre 1870 y 1871– siguiendo ese criterio. Por otra parte, estableció como condición para su donación que la colección se mantuviera permanentemente en ese orden. El Museo Británico, a quien intentó donarla, no aceptó esa condición y esta fue donada a la Universidad de Oxford (Milner 1990). La cantidad de ejemplares ha crecido a lo largo del tiempo hasta alcanzar más de medio millón de ejemplares, donados por exploradores y antropólogos en muchos casos (Pitt-Rivers Museum 2017). Cabe señalar que Pitt-Rivers hizo construir el lugar para albergarla (Pitt-Rivers Museum 2017), habiendo proporcionando también fondos para su preparación y preservación. Estipuló además la necesidad de que la Universidad diera una serie de conferencias regulares en antropología. Contrariamente a lo que ocurre en otros museos, la colección no está ordenada por áreas geográficas sino siguiendo estos estadios evolutivos, lo que lleva a que estén juntos objetos de muy diferentes lugares. La forma en que se mantiene la exhibición ha llevado a discusiones referidas a la necesidad de reorganizarla (Milner 1990).

Mientras ésta era la situación en Inglaterra en época de Pitt-Rivers, en Argentina los años previos a la visita de Hudson habían visto la recolección de una importante cantidad de fósiles, no solo en Patagonia sino también en Buenos Aires, en este último caso facilitado porque aún conservaba sus barrancas naturales (Novas 2006). La presencia de estos ejemplares y recolecciones sirvieron para entusiasmar el interés de científicos tales como Burmeister y Ameghino (Novas 2006). La búsqueda de fósiles, así como su traslado y venta a museos europeos fue intensa entre 1860 y 1870, llegando incluso a enviarse restos humanos mezclados, los que fueron expuestos en París en 1867 (Fernández 1982). La importancia del tráfico de fósiles llevó a la promulgación, por parte de Sarmiento, de una ley de Protección (Fernández 1982).

En Patagonia, con anterioridad a la visita de Hudson, existieron distintos viajeros que recorrieron no solo las costas, sino también el interior y que proporcionaron una visión de cómo era la vida allí en el momento o poco después de la llegada de los europeos a Patagonia (Claraz 1988[1865-1866]; Doering *et al.* 1881; D'Orbigny 1999[1828-1829]; Villarino 1972[1782-1783]; entre otros). Entre ellos, para la zona que nos ocupa, cabe destacar los trabajos de Strobel (1867, 1868 en Prates 2008), quien en su viaje con Claraz describió sitios arqueológicos. Por otra parte, Moreno (1874) recogió numerosos restos líticos, humanos y algunos fragmentos de cerámica. Es necesario citar además los viajes de Villarino, quien alcanzó la desembocadura del río Negro en 1779, partiendo desde allí al río Colorado en 1780 y viajando en 1782 hacia las nacientes del río Negro (Enrique 2015; Villarino 1972[1782-1783]). También sin duda es necesario mencionar las expediciones de Viedma (Viedma 1781 en Enrique 2011). Durante estos viajes se recorrió el interior y las costas de Patagonia, registrando la presencia y costumbres de los indígenas, gracias al contacto con algunos de ellos (Enrique 2015; Viedma 1781 en Enrique 2011; Villarino 1972[1782-1783]; entre otros). Estos viajes partían desde los enclaves poblados en la costa. En cercanías del área donde se recolectaron las muestras, en 1779 se habían fundado los fuertes de Nuestra Señora del Carmen (actual Carmen

de Patagones, en la desembocadura del río Negro) y San José (algo más al sur), siendo el fuerte y la efímera colonia de Florida Blanca –en la Bahía San Julián– algo posteriores. Así mismo partieron expediciones desde enclaves más lejanos. Es el caso de la famosa expedición de Musters, quien en 1869, convivió un año con los tehuelches, generando importante información en su recorrido desde el Estrecho de Magallanes hasta el río Negro poco antes del viaje de Hudson (Musters 2005[1911]).

La información procedente de estos viajes es de índole diferente a la que nos proporcionan los materiales arqueológicos que aquí nos ocupan. Sin embargo, su conocimiento amplía y proporciona otra mirada sobre el comportamiento de estos grupos, la que es importante porque es anterior a la caída de Choele Choel en manos del ejército de Roca y al comienzo de las mensuras de campo –aprobadas por la Ley 817 de 1876 o Ley Avellaneda, que trajo como consecuencia el desmembramiento de las familias y su traslado a distintos puntos del país (Aguerre 2008). En nuestro caso, también puede proporcionar información sobre qué comunidades circulaban por la región en los momentos de contacto con los europeos y podían ser, por lo tanto, los fabricantes de estos artefactos. Como sabemos, la presencia humana en la vertiente atlántica de Patagonia data de mucho antes de la entrada de los colonos transatlánticos, existiendo sitios con dataciones de más de 10.000 años radiocarbónicos tanto al sur como al norte del río Negro u objetos a los que pueden adscribirse esta cronología (Flegenheimer *et al.* 2013; Hermo *et al.* 2015; Paunero 2003; Paunero *et al.* 2007; entre otros). Esto apunta a una muy antigua presencia humana en la zona, pudiendo existir reemplazos en las poblaciones que la ocupaban y aún procesos de extinciones, como parece indicar en algunos casos el registro arqueológico patagónico (Borrero 1994–1995; Franco *et al.* 2017; entre otros).

El registro arqueológico recogido por Hudson puede corresponder a cualquiera de estos momentos de la larga historia de ocupación de Patagonia. Existen antecedentes de estudios arqueológicos en la zona (p.ej. Bórmida 1964; Fisher y Nacuzzi 1992), los que sumados a proyectos más recientes enfocados desde una perspectiva regional, permitirán en el futuro conocer más acerca de la presencia humana en la cuenca del río Negro y zonas cercanas (p.ej. Borella *et al.* 2015; Prates 2009; Prates y Mange 2016; Serna *et al.* 2017).

La colección arqueológica

Esta fue comprada por Pitt-Rivers a W.H. Hudson, quien la había recolectado en el área de Río Negro, Argentina, entre 1870 y 1871, habiéndose perdido la carta que los acompañaba y en la que se detallaban los sitios de los que procedía (Sillar y Hicks 2013). Faltaban aún años para la promulgación de la primera ley que prohibía la salida de materiales arqueológicos –Ley 9080, artículo 4.

En lo que respecta al título de la traducción, sobre la base de las figuras (piezas 2, 5 y 7 de la Figura 1), sugiero reemplazar barrenos por perforadores, término ampliamente utilizado en la arqueología patagónica.

En el texto de Pitt-Rivers, es interesante notar distintos aspectos, tanto referido a los procesos de formación del registro arqueológico, como a los diseños y características de los artefactos. Con referencia al primer punto, ya en esa época Pitt-Rivers menciona el efecto de la sequía y de la

introducción del ganado ovino sobre la vegetación y su relación con la exposición de los materiales arqueológicos. Esto es importante si se tiene en cuenta que esta observación es previa a la gran introducción de cabezas de ganado que ocurrió entre 1880 y 1950 (Huerta 1991 en Mazzoni y Vázquez 2010). La fluctuación entre períodos de humedad y aridez es, por otra parte, conocida por los investigadores que trabajan en distintos sectores de Patagonia, habiéndose discutido sus efectos en las poblaciones humanas a lo largo de todo el proceso de ocupación de este espacio (Aristegui *et al.* 2010; Borrero y Franco 2000; Goñi *et al.* 2000–2002; Mancini *et al.* 2012; Schäbitz 1994; Stoessel y Martínez 2014; entre otros).

Antes de comenzar a hablar de los artefactos, es necesario señalar que entiendo sería más apropiado hablar de puntas de proyectil que de puntas de flecha —a pesar de que Pitt-Rivers habla de flechas—, ya que no es sencillo determinar el sistema de armas utilizado (p.ej. Hughes 1998; Okumura y Araujo 2015; Ratto 1994; Shott 1997). Las piezas 1 y 2 de la Figura 1, por ejemplo, no parecen corresponder a flechas. Por otra parte, cabe señalar que Prates (2008) considera que algunos ejemplares recuperados en sus investigaciones podrían corresponder a esta clase de puntas. Cabe señalar que, al menos en algunos lugares de Pampa-Patagonia, el arco y flecha continuó usándose con posterioridad a la llegada de los europeos (D’Orbigny 1999[1828–1829]), mientras que en otros, estos fueron reemplazados probablemente por bolas de boleadoras en el marco de la adopción del caballo (Nacuzzi 1998; entre otros). El análisis de fuentes realizado por Nacuzzi (1998) muestra la existencia de transformaciones acumulativas en las costumbres de las poblaciones existentes en Patagonia en relación con la presencia del blanco. Entre ellas, cabe señalar, además de la mencionada, el abandono del uso de recipientes de barro, de elaboración de harinas o el uso de animales salvajes como señuelo.

En su conferencia, Pitt-Rivers se pregunta por las semejanzas generales y variaciones en diseños de puntas de proyectil tanto entre Norte y Sudamérica, como entre ellas y Europa, dejando abierta la posibilidad de que se trate de soluciones semejantes a problemas que enfrentaban los grupos humanos. Por otra parte, debe destacarse su pregunta sobre la influencia de la calidad de la materia prima en el diseño de los ejemplares, pregunta que en general es posterior en la bibliografía arqueológica y que continúa siendo vigente (p.ej. Brantingham *et al.* 2000; Cortegoso 2005; Franco 1991; Goodyear 1989; Roth y Dibble 1998; Tomasso y Porraz 2016).

En cuanto a las variaciones que menciona en los diseños de puntas de proyectil, no parece haber en la Figura 2 ejemplares que puedan atribuirse a las denominadas cola de pescado, las que han sido recuperadas tanto al norte como al sur de la cuenca del río Negro (Flegenheimer *et al.* 2013; Hermo *et al.* 2015; entre otros). Si bien el ejemplar 1 de la Figura 1 podría asemejarse a estos diseños, no puede ser correctamente analizado tan solo a partir de una imagen. La falta de estos diseños tempranos de puntas de proyectil podría deberse a su distribución discontinua en Sudamérica (p.ej. Flegenheimer *et al.* 2013).

El autor menciona también las semejanzas existentes entre Norte y Sudamérica, hecho observado por distintos investigadores. Dentro de los ejemplares representados en la Figura 2, algunos podrían no ser puntas de proyectil, sino preformas, mientras que otros podrían ser resultado del proceso de reactivación, como sería el caso de los perforadores sobre puntas (por ejemplo, ejemplares 23 y 24 de la Figura 2 y los ya mencionados de la Figura 1). La existencia de reactivación hacia formas correspondientes a perforadores y, en algunos casos, a raspadores, ha sido detectada también en otros lugares de Patagonia (Franco *et al.* 2005). En cuanto al tipo de enmangue mencionado por

Pitt-Rivers, si bien éste no ha sido estudiado para el caso de Patagonia norte, se han encontrado variaciones más hacia el sur en Patagonia continental (Franco *et al.* 2009).

Con respecto a la traducción de *thumbflint*, si bien la traducción literal sería pulgar de pedernal (no lasca de pedernal), la imagen parece corresponder a un raspador confeccionado sobre una lasca laminar, siguiendo la clasificación de Aschero (1983).

Además de estas, cabe señalar otras observaciones que Hudson transmitió a Pitt-Rivers analizadas en función de los resultados de investigaciones arqueológicas recientes. Hudson mencionó la existencia de campamentos indígenas en el valle del río, mientras que considera que en las mesetas no hay agua y que es poco probable que hayan sido habitadas. Los estudios realizados por Prates (2008) en el curso medio del río Negro señalan que los grupos humanos que ocupaban el área predominantemente durante el Holoceno tardío utilizaban los espacios ribereños para sus campamentos residenciales, mientras que los espacios inter-ribereños del valle y los sectores altos de meseta se emplearon para la realización de actividades específicas. Esta diferencia en la forma de ocupación puede haber generado la visión de Hudson.

Llama la atención la baja frecuencia de guanaco en los conjuntos observados, ya que es en general un recurso ampliamente usado en Patagonia y también en el curso medio del valle de río Negro. Este sesgo tal vez se deba a que, según los estudios de Prates (2008), se aprovechó recurrentemente la fauna fluvial en los campamentos residenciales, que fue donde Hudson obtuvo sus muestras. Los guanacos y venado de las pampas (*Ozotoceros bezoarticus*), que son las presas que más cantidad de alimento aportaron, se obtuvieron en cambio en las zonas altas.

En lo que hace a los cementerios o lugares de entierros, las primeras descripciones corresponden a los trabajos de Moreno (1874). En este sentido, debe destacarse la diferencia en el tratamiento de los restos humanos en esa época y lo que ocurre actualmente, existiendo legislación y códigos específicos a este respecto (AAPRA 2017; Aranda *et al.* 2014; Ley 25517). Hoy existe consenso acerca de la no exhibición de restos humanos y son impensables imágenes como las de la Figura 1 de la publicación de Prieto (2018), publicada originalmente en Hudson 1893.

A manera de síntesis

La traducción de este trabajo nos permitió tener una aproximación hacia las principales preguntas surgidas a partir del análisis de puntas de proyectil recuperadas en la cuenca del río Negro. Algunas de ellas continúan siendo utilizadas en la arqueología actual. Por otra parte, debe resaltarse la diferencia entre estas primeras interpretaciones, surgidas de análisis de ejemplares aislados, y los resultados de los proyectos actuales, que combinan distintas líneas de evidencia.

Agradecimientos. A los editores, por su invitación a enviar estos comentarios. A A. Aguerre, L. Borrero y M. T. Civalero, quienes proporcionaron bibliografía relevante para el tema.